

Año. II No. 11. Semestre B de 2024 ISSN: 2322-9977

ERGOLETRÍAS



Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!



Givay

Poesía, erotismo y vigencia de *Última Niebla*, de María Luisa Bombal

Jorge Ladino Gaitán Bayona

jlgaitan@ut.edu.co

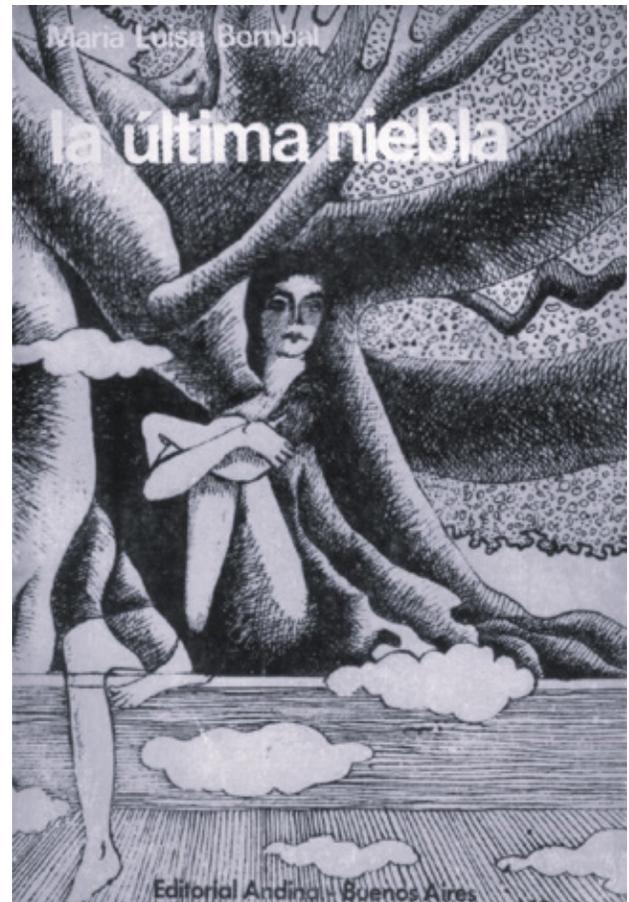
*Profesor de Literatura de la Universidad del Tolima
Grupo de Investigación en Literatura del Tolima*

Introducción

Los buenos textos líricos, más allá del conjuro del lenguaje, permiten “la instauración del ser por la imagen poética” (Heidegger, 1994, p. 261). Esa aspiración de la poesía no es ajena a la pretensión de la novela: ir más allá de la belleza del tejido verbal para abismarnos en los laberintos de la condición humana, a través de personajes tan verosímiles que el lector no duda que podría encontrárselos en la calle. Tal como expresa Virginia Woolf, “el estilo cuenta, la trama cuenta, la originalidad del punto de vista cuenta. Pero nada cuenta tanto como los personajes convincentes” (1997, p. 22).

Ahora bien, la poesía puede estar presente en el universo de la novela, sea a través de símbolos, alegorías, escenas sugerentes o las resonancias que dejan los episodios invitando a la relectura, pero también a través de la concreción en lenguaje lírico. Esto último es difícil de manejar en el espacio narrativo sin que se rompa la verosimilitud. El lector debe sentir que dichas frases sugestivas existen como exigencias de la ficción, no como imposturas de quien hace gala de sus dones como poeta para forzar frases dulzonas que levantan sospecha.

No deja de ser asombroso descubrir novelas donde se asiste a un doble encuentro con la



experiencia artística: una honda experiencia ontológica generada por la contundencia de uno o varios personajes a lo largo de una narración creíble; y el placer de sentir vitalizados los tejidos textuales por la fuerza de la poesía que invita a degustar símbolos y frases. Este doble encuentro con la belleza se experimenta con *Última Niebla*, novela de la chilena María Luisa Bombal (1910-1980), en la cual el erotismo y la condición de mujer son temas fundamentales. Dichos temas serán enfocados desde postulados de Simone de Beauvoir, Lucía Guerra, Octavio Paz, Milan Kundera, Italo Calvino y Pablo Neruda.

Última niebla

La novela de María Luisa Bombal fue publicada en 1934, cuando la autora chilena tenía apenas 23 años. Comenzó a escribirla en Buenos Aires, justamente en la casa de Pablo Neruda, quien la invitara, junto a su pareja, a vivir en su morada cuando ejercía como diplomático en Argentina.

Tal como se expresa en artículos y entrevistas de la época, mientras en una orilla de la mesa ella creaba *La última Niebla*, lo propio hacia Neruda con su poemario *Residencia en la tierra*.

La ópera prima de Bombal sugiere las ataduras, carencias y urgencias amorosas de la mujer latinoamericana en las primeras décadas del siglo XX en medio de un orden patriarcal donde sus posibilidades de realización se ven confinadas al hogar. No sólo tiene que repetir sus días en la lógica de “señora de bien”, asignada por un orden conservador donde

nada puede exigir al hombre pues éste, como si se tratara de un Mesías, ya cumplió con la responsabilidad de sus horas presentes y futuras al regalarle el sagrado don del matrimonio:

-¿Sabes que has tenido una gran suerte al casarte conmigo?

-Sí, lo sé-replico, cayendo de sueño.

-¿Te hubiera gustado ser una solterona arrugada, que teje para los pobres de la hacienda?

Me encojo de hombros.

-Ese es el porvenir que aguarda a tus hermanas (Bombal, 1988, p. 12).

Ante esa oscura situación, ser soltera es como llevar un epitafio en la frente hasta que el cuerpo se desmorona mientras se teje y desteje la soledad como mortaja. Contraer nupcias y someterse a su “liberador” se convierte, desde la sociedad patriarcal, en un privilegio moral, así la mujer sepa que el matrimonio no es más que una mascarada de la resignación. Mientras los amigos y percepciones sociales le justifican al esposo sus aventuras sexuales, a la esposa la injurian desde las obtusas categorías del pecado:



Se reconoce más o menos abiertamente el derecho del hombre a satisfacer sus deseos sexuales, en tanto que la mujer está confinada en el matrimonio: para ella, el acto carnal, si no está santificado por el código, por el sacramento, es una falta, una caída, una derrota, una flaqueza; tiene que defender su virtud, su honor; si “cede”, si “cae”, provoca el desprecio; en cambio, la misma censura que se dirige contra su vencedor está tenida de admiración (Beauvoir, 2018, p. 315).

Abordar lo anterior en una novela, sin terminar haciendo escueta denuncia o sumario de quejas, resulta complejo, más aún cuando se decide hacer una obra donde quien narra es la protagonista. ¿Cómo no caer en la óptica del simple confesionario? María Luisa Bombal resuelve la encrucijada aniquilando todo plano de obviedad mediante escenas sugerentes y dejando que la protagonista de la historia arrastre al lector a los abismos de su mente, incluso a aquellas zonas donde la conciencia y el inconsciente entrecruzan los territorios de lo “real” con lo onírico, libidinal y fantasioso. De ahí la incertidumbre de si fue cierto o no el encuentro amoroso con un desconocido amante que será perpetuado en el recuerdo. La autora incorporó en *La última niebla* las nuevas tendencias de la novela moderna en la exploración del fluir de la conciencia: James Joyce y Virginia Woolf. Sabía muy bien que en la construcción de un personaje resulta fundamental narrar no solo sus acciones, sino también sus pensamientos e instintos profundos, que la palabra del novelista llega al fondo del ser y pueda tener “el mundo de la vida bajo una iluminación perpetua” (Kundera, 2005, p. 28).

La protagonista de la novela de Bombal desafía las exigencias pacatas de su comunidad, ofrendándose a la contemplación de su cuerpo. Lejos de la morada donde debe vestir y llevar el peinado que pide el marido como homenaje a la que fuera su difunta esposa, ella se contempla, erotiza y libera ante el más provocador de los espejos: el estanque que siempre la espera. Allí se reconoce bella, mide y goza con la fecundidad de su piel, despliega su desnudez en las aguas y, como en un ritual pagano, se siente unguida cuando la naturaleza acaricia su cuerpo. Es, en esos instantes, cuando todo estalla en presagios y belleza:

No me sabía tan blanca y tan hermosa. El agua alarga mis formas, que toman proporciones irreales. Nunca me atreví antes a mirar mis senos; ahora los miro. Pequeños y redondos, parecen diminutas corolas suspendidas sobre el agua.

Me voy enterrando hasta la rodilla en una espesa arena de terciopelo. Tibias corrientes me acarician y penetran. Como brazos de seda,

las plantas acuáticas me enlazan el torso con sus largas raíces. Me besa la nuca y sube hasta mi frente el aliento fresco del agua (Bombal, 1988, p. 19).

Esa capacidad de la protagonista de erotizarse y erotizar el mismo lenguaje es un gesto de ruptura frente a la lógica de la “esposa correcta”, aquella que simbólicamente deja mutilar su sexualidad: el cuerpo a penetrar cuando así lo exige la figura masculina. Dicha lógica es subvertida cuando se da el encuentro amoroso con el amante, sea imaginario o no, pero posible como lugar que funda su memoria. Ya no será ella la que deba mostrar agradecimiento, él vendrá a operar como súbdito en el ritual femenino: “la belleza de mi cuerpo ansía por fin, su parte de homenaje” (p. 28). Despojada de su rol de esposa se reclama para sí diosa en el centro sagrado de su cuarto. Mientras dura la liturgia del amor, la muerte es pulverizada y arrojada afuera: “la noche y la neblina pueden aletear en vano contra los vidrios de la ventana; no conseguirán infiltrar en este cuarto un solo átomo de muerte” (p. 27).



Desde la óptica de Octavio Paz, la imagen poética anuncia que amor y erotismo son respuestas que el ser humano “ha inventado para mirar de frente a la muerte” (2003, p. 43), respuestas que hacen posible que durante el placer los instantes sean experimentados como formas de la eternidad. Al final del ritual de los cuerpos, ya no se da la convencional imagen del hombre que abandona el lugar mientras ella duerme, sino todo lo contrario. Ahora la protagonista es quien decide irse, dejándolo tendido, casi muerto: “su aliento es tan leve que debo inclinarme sobre sus labios para sentirlo. Salgo como he venido, a tuestas” (p. 30).

Durante el deseo, ningún estímulo había pasado desapercibido a la protagonista: “con todos mis sentidos escucho. Escucho nacer, volar y recaer su soplo; escucho el estallido que el corazón repite incansable en el centro del pecho” (Bombal, 1988, p. 29). Solo quien vive la poesía sabe escuchar el ritmo que late en seres y cosas, bien lo expresa Pablo Neruda: “Yo escucho entre el disparo de los besos, escucho, sacudido entre respiraciones y sollozos” (1957, p. 88). A veces, en el erotismo, el uno se funde con el todo. La sinestesia trasciende la figura retórica para convertirse en la posibilidad de fundir los diversos registros sensoriales en aras de instaurar la libertad de la mujer: “Los sentidos, sin perder sus poderes, se convierten en servidores de la imaginación y nos hacen oír lo inaudito y ver lo imperceptible” (Paz, 2003, p. 9).

Los recursos líricos se tornan estrategias narrativas cuando se generan desplazamientos en el tiempo. El paso de una década en la vida de la protagonista lo resuelve astutamente la narradora, sin necesidad de abrir nuevo capítulo y sin romper la armonía y verosimilitud del relato. Para tal propósito, usa una imagen poética lo suficientemente rica en sentidos:

¿Por qué, en otoño, esa obstinación de hacer constantemente barrer las avenidas?

Yo dejaría las hojas amontonarse sobre el césped y los senderos, cubrirlo todo con su alfombra rojiza y crujiente que la humedad tornarí­a luego

silenciosa. Trato de convencer a Daniel para que abandone un poco el jardín. Siento nostalgia de parques abandonados, donde la mala hierba borra todas las huellas y donde arbustos descuidados estrechen los caminos.

Pasan los años. Me miro al espejo y me veo, definitivamente marcadas bajo los ojos esas pequeñas arrugas que sólo me aflúan, antes, al reír (Bombal, 1988, p. 31).

Para aludir a la vejez, el sentido del erotismo como lugar privilegiado de la memoria y la imaginación, María Luisa Bombal no necesita páginas y páginas. Piensa con imágenes y a través de ellas logra una de las altas cualidades del arte contemporáneo: la visibilidad, la capacidad de hacer ver al lector a través del lenguaje, de posibilitar que en un texto “exterioridad e interioridad, mundo y yo, experiencia y fantasía aparezcan compuestas de la misma materia verbal” (Calvino, 2013, p. 49).



Vigencia de la obra de María Luisa Bombal

Última niebla es una novela de alto valor estético porque el lector descubre no sólo un ser femenino instalado en la ficción que desnuda su conciencia y deseos para expresar su inconformidad ante la sociedad conservadora de su tiempo, sino también un dominio del lenguaje tanto a nivel de prosa como a nivel poético. En la novela, la poesía configura símbolos, imágenes y experiencias donde la palabra eclosiona en posibilidades semióticas. La intensidad y la calidad de las imágenes se perciben para expresar estados de angustia, soledad y urgencia erótica.

El erotismo sublima el lenguaje y desata una ruptura frente a la convención estética e ideológica en la década del treinta. María Luisa Bombal “es la primera escritora latinoamericana que se atreve a describir el acto sexual, transgrediendo de este modo el discurso que el poder patriarcal le había adjudicado a la mujer” (Guerra, 2005, p. 16). Abrió camino para voces narrativas femeninas, gracias a novelas claves para el canon literario: *Última niebla* (1934) y *La amortajada* (1938). Fue una escritora profundamente culta, con formación en literatura, cine y dramaturgia. En su transitar por Chile, Francia, Argentina y Estados Unidos entró en diálogo fecundo con escritores con quienes compartió tertulias y amistades: Jorge Luis Borges, Norah Lange, Oliverio Girondo, Pablo Neruda, Gabriela Mistral. Conoció de primera mano las vanguardias literarias y las incorporó de manera armónica en sus obras.

Las dos novelas mencionadas fueron traducidas por María Luisa Bombal al inglés, con variables narrativas frente a las versiones originales. En su obra también se destacan cuentos, reseñas de cine, poemas, crónicas e, incluso, el guion de una película: *La casa del recuerdo* (dirigida por el argentino Luis Saslavsky en 1940). Grandes referentes de la literatura latinoamericana nutrieron sus creaciones de la impronta de la autora. Juan Rulfo, por ejemplo, señalaba en diversas entrevistas que una de las novelas que más disfrutó en su juventud fue *La amortajada* y, como bien destaca Lucía Guerra, “la noción de los personajes muertos y aun rondando por la vida

en *Pedro Páramo* son un eco intertextual de la novela de María Luisa Bombal (2005, p. 13).

La poesía misma no es ajena a la figura de la artista chilena, de allí que sea protagonista en textos líricos de escritores de diversas latitudes. Uno de ellos, el colombiano Nelson Romero Guzmán -ganador de varios premios nacionales e internacionales de poesía- incluye en *Culinaria en el infierno* (2024) un bellissimo poema titulado “La muerte de María Luisa Bombal”.

En definitiva, la obra completa de Bombal merece ser leída, estudiada y retomada creativamente desde recursos intertextuales, por la vigencia de sus temas y la belleza de su lenguaje. En cierta forma, *Última Niebla*, más allá de su poeticidad, tiene unas implicaciones políticas, ideológicas y reivindicativas de los derechos de la mujer en Latinoamérica, no menor a lo que hicieron en Europa Virginia Woolf o Simone de Beauvoir.



Referencias

- Beauvoir, S. (2018). *El segundo sexo*. Bogotá: Sello Editorial De bolsillo.
- Bombal, M.L. (1988). *Última niebla*. Santiago de Chile: Editorial Zig-Zag.
- Calvino, I. (2013). *Seis propuestas para el próximo milenio*. Madrid: Editorial Siruela.
- Guerra L. (2005). Introducción. *Obras completas*. María Luisa Bombal. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, p.p. 5-20.
- Heidegger, M. (1944). *Hölderlin y la esencia de la poesía. Seguido de Esencia del fundamento*. México: Editorial Séneca.
- Kundera, M. (2008). *El arte de la novela*. Madrid: Tusquets Editores.
- Neruda, P. (1957). Agua sexual. *Residencia en la tierra*. Buenos Aires: Losada, p. 88.
- Paz, O. (2003). *La llama doble, amor y erotismo*. México: Seis Barral.
- Romero Guzmán, N. (2024). *Culinaria en el infierno*. Ibagué: Caza de Libros.
- Woolf, V. (1997). El señor Bennett y la señora Brown. *La torre inclinada y otros ensayos*. Barcelona: Editorial Lumen, p.p. 21-46.

María
Luisa
Bombal



ERGOLETRÍAS

